

# Casa Blanca: Pronósticos a bolina

Saludó a los manifestantes con cara de cumpleaños. “Estoy aquí por una razón y una sola razón: libertad para Cuba”; he hizo una “L” con el pulgar y el dedo índice para remachar la palabra. Serían las 8 y 30 de la noche del 4 de agosto pasado, cuando Kevin McCarthy, jefe de la bancada republicana en la Cámara de Representantes del Congreso de Estados Unidos, salió a las afueras del restaurante Versailles, en la Calle Ocho, de Miami.

La euforia que se respiraba en el parqueo recordaba la vivida allí luego del deceso de Fidel en el 2016 (a ese punto llegó la indecencia humana) y de la victoria de los Marlins de Florida en la Serie Mundial de 1997. Desde hacía casi un mes, celebraban las protestas acaecidas el 11 de julio en Cuba y, a garganta desgarrada, pedían que los portaviones zarparan de inmediato hacia la isla.

“No se trata de covid, se trata del comunismo”, remarcó, alto y claro, McCarthy, quien minutos antes se había reunido en el propio templo anticubano en la Florida con líderes políticos y una camada de *influencers*, que desmadra y vive —en términos monetarios— de pregonar diatribas contra la Revolución en las redes sociales.

Y actúa así no por instinto natural o filantropía. La política de subversión de Washington, enfilada a enrarecer el orden social en el país antillano y a mostrar la existencia de un clima de ingobernabilidad, reconoce en las plataformas sociales digitales una herramienta en extremo útil para tales fines.

La Casa Blanca ha encontrado la evidencia en las “revoluciones de colores” —invento de la Agencia Central de Inteligencia, explicitado en letra por Gene Sharp, el gurú del golpe blando—, aplicadas contra naciones donde los regímenes les han caído medio gorditos al gobierno de Estados Unidos, por no alinearse plenamente a sus intereses hegemónicos o estratégicos y desafiar el apoteagma: Dios en el cielo y yo en la tierra.

Pero, como Cuba sigue sin acuñar esa filosofía ególatra imperial (le ha cantado las cuarenta en cada escenario posible, *remember Girón*), la administración estadounidense vino a por todas en el 2021 y catalizó sus programas subversivos para el anhela-

do “cambio de régimen”.

Este sería el “año cero”. Washington se lo creyó aún más viendo las astillas supuestamente encendidas por el llamado Movimiento San Isidro en el 2020, cuyo padrino más cercano fue el encargado de negocios de ese país en La Habana, Timothy Zúñiga-Brown, hasta el punto de servirle de taxista a los acantonados en la calle Damas 955, en La Habana Vieja.

Se envalentonó, además, con los acontecimientos del 27 de noviembre (27N) de ese propio año, cuando personas con disímiles reclamos —entre estas, creadores dignos y otros que deliran por que Cuba sea otra estrella de la bandera de la Unión— se agruparon ante el Ministerio de Cultura (Mincult), en La Habana.

Dos meses después, el 27 de enero del 2021, alrededor de una treintena de ciudadanos intentó protagonizar otro *show* mediático también en la sede del Mincult, indiscutible provocación contrarrevolucionaria, que apeló a los condicionamientos, al chantaje, y demostró que lejos estaba de sostener un diálogo transparente y constructivo con la institucionalidad.

Cada uno de estos episodios halló eco en las redes sociales, convertidas prácticamente en el ombligo de la vida pública, y en la maquinaria mediática anticubana, enorme y estructurado árbol genealógico, que oportunistamente aprovechó la complicadísima realidad nacional para atacar y asestar su golpe bajo. Nadie debiera pensar que lo hizo por iniciativa propia; una disección del discurso periodístico de estos medios dependientes confirmará su devoción y filiación imperial.

Sus mentores, que al fin y al cabo son quienes ponen los billetes, vieron el cielo a mediados de año: la pandemia escalaba desenfadadamente, con cifras de espanto, sobre todo en Matanzas; los apagones eléctricos eran el pan nuestro de cada día; las ofertas de bienes y servicios tocaban fondo, entre estos, alimentos y medicinas; el hostigamiento económico y financiero de Estados Unidos exhibía una salud de roble. La irritación crecía; el descontento, también.

Era el clima soñado por el que tanto había esperado el gobierno estadounidense, descrito por Lester D. Mallory,



Enrique Ojito Linares

vice secretario de Estado Asistente para los Asuntos Interamericanos, y sus asesores en un memorando secreto del Departamento de Estado, con fecha del 6 de abril de 1960, el sumum de la política bestial de la nación nortea contra la isla.

Era el momento exacto para darle el golpe de gracia a la Revolución. El 15 de junio una empresa, con asiento en Miami, lanzó la etiqueta #SOSCuba, eje de una campaña subversiva para desestabilizar el país, encaminada también a torpedear la votación de la Asamblea General de Naciones Unidas contra el bloqueo a Cuba.

Curiosamente —como denunció el ministro de Relaciones Exteriores, Bruno Rodríguez, el mismo día en que salió la susodicha etiqueta a la autopista virtual—, la División de Corporaciones del Departamento de Estado de la Florida le concedió la certificación a la compañía para que actuara oficialmente y recibiera fondos estatales por la “canalita”.

Con ese precedente, vuelven por sus fueros y el 5 de julio, en un laboratorio mediático estadounidense, lanzan etiquetas que piden a gritos la intervención humanitaria. Al no tener el impacto previsto, cuatro días más tarde, los operadores políticos insisten con #SOSCuba, #SOSMatanzas y #CubaDuele.

Tanto fue el cántaro a Twitter, a Facebook... que el 11 de julio, en medio de la crisis sanitaria y de una realidad socioeconómica punzante, acaecieron disturbios en varias ciudades cubanas; pero no el deseado estallido social y una situación de ingobernabilidad.

Inconforme con ello, en septiembre pasado la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (Usaid) otorgó 6 669 000 dólares en subvenciones para proyectos dirigidos a poner de rodillas a la Revolución. Analistas refieren que, en el último año, al menos 54 organizaciones han sido beneficiadas con los programas para Cuba del Departamento de Estado, la National Endowment for Democracy (NED) y la Usaid.

Bajo esa cobija de billetes verdes, nació en el 2021 el grupo Archipiélago, que convocó a una marcha para el 15 de noviembre, organizada en la tesitura de la guerra híbrida, no autorizada, finalmente, por los gobiernos locales al ir en contra de los preceptos constitucionales.

Como resultaba previsible, altos funcionarios de la Casa Blanca, encabezados por Joe Biden, y del Capitolio rumiaron de impotencia. Ante el fracaso de las protestas de julio, abortadas por el pueblo, habían apostado todas sus cartas a la marcha para el codiciado “cambio de régimen”. De nuevo, sus pronósticos se iban a bolina.

CARTAS DE LOS LECTORES  
A cargo de Delia Proenza

## Cena ausente; ruido ambulante

Que el Director de Gastronomía en el Grupo Empresarial de Comercio de Sancti Spiritus brindó una información falsa a *Escambray* en su edición del pasado 18 de diciembre; tal fue el reclamo con que se presentó en nuestra redacción el lector Clemente Rodríguez Márquez.

Combatiente de la Revolución cubana y fundador del Partido en esta región del centro de la isla, con 92 años y residente en la calle Brigadier Reeve, Edificio No. 1, Apartamento 27, en la cabecera provincial, el lector sostiene que el pasado 24 de diciembre en el complejo recreativo El Recreo, donde está acogido al Sistema de Atención a la Familia, no se ofertó la cena anunciada en nuestras páginas.

En su lugar, en calidad de plato fuerte hubo, afirma, lo que en un día normal: “un muslo de pollo que no tenía carne, y otro plato incluso de menos calidad”.

Este medio de prensa espera una explicación al respecto, pues, de acuerdo con el abuelo, el administrador de la unidad, llamado Leonardo, “es preocupado y tiene interés en un servicio de calidad, pero no lo apoyan”.

De índole diferente es la queja enviada por Elia Rosa Betancourt Villacampa, vecina de la calle Máximo Gómez No. 22 Sur, en la cuadra comprendida entre el parque Serafín Sánchez y la Iglesia Mayor. Dicha remitente asegura que en las noches no puede conciliar el sueño debido a la algarabía y el escándalo que imperan en el frente de su domicilio, donde, luego de la nueva normalidad decretada tras la etapa crítica de la pandemia, se ofertan servicios de venta de cerveza y de golosinas, en puestos de venta por cuenta propia.

“Esto es hasta las 5:00 a.m. y más. Se sientan junto a la puerta, tocan la aldaba fuertemente, hablan obscenidades, y eso todos los fines de semana, con énfasis en los sábados. Esto es inhumano, ya que el descanso de la noche es un alimento indispensable para el cuerpo. A otros vecinos no les estorba, pues sus dormitorios están más atrás y con aire acondicionado, pero en mi caso no es así.”

“Aclaro que la música estruendosa viene de bocinas ambulantes, llevadas a pie o sobre motores, y que los cuentapropistas, excelentes vecinos, no son causantes de esta situación. Hace unas semanas, de madrugada, llamé a la Policía para pedir ayuda, y me contestaron que llamara al Poder Popular, porque se trataba de actividades programadas. Llamé y me dijeron que ellos no podían hacer nada”, escribe Elia Rosa, una espiritana de 72 años con ciertas enfermedades, quien dice vivir con miedo permanente de que llegue el fin de semana, aunque en los últimos el ruido ambiental había disminuido.

Al igual que la lectora, nos preguntamos, ¿Quién debe y puede poner orden en esos casos? Este periódico ha expuesto en muchas oportunidades, con lujo de detalles, los perjuicios derivados del ruido excesivo y de los decibeles exagerados para la salud humana. Pero el problema se reitera una y otra vez, con afectación, sobre todo, para quienes residen en las proximidades de servicios estatales o particulares cuyos clientes no reparan en el sufrimiento de quienes necesitan descansar. ¿Quién le pone el cascabel al gato?

Dirija su correspondencia a:  
Periódico *Escambray*.  
Sección “Cartas de los lectores”.  
Adolfo del Castillo No. 10  
e/. Tello Sánchez y Ave.  
de los Mártires. S. Spiritus  
Correo electrónico:  
correspondencia@escambray.cip.cu

